

Director

Edgar P. Jaramillo S.

Gestión de Medios

Eugenia Ávalos V.

Publicaciones

Raúl Salvador R.

Editor

Pablo Escandón M.

Consejo Editorial

Héctor Espín

Juan M. Rodríguez

Francisco Vivanco R.

**Portada, diseño
y diagramación**

Mayra Cajilema C.

**Chasqui es una publicación del
CIESPAL**

Miembro de la

Red Iberoamericana de Revistas
de Comunicación y Cultura<http://www.felafacs.org/rederevistas>

Red de Revistas Científicas

de América Latina y el Caribe

en Ciencias Sociales y Humanidades

<http://redalyc.uaemex.mx>**Impresión**

Editorial QUIPUS - CIESPAL

CONSEJO DE ADMINISTRACIÓN**Presidente**Victor Hugo Olalla P.
Universidad Central del Ecuador

María Isabel Salvador

Ministra de Relaciones Exteriores, Comercio e
Integración

Raúl Vallejo C.

Ministro de Educación

Héctor Chávez V.

Universidad Estatal de Guayaquil

Antonio Aranibar

Organización de Estados Americanos

Patricia Ashton

Comisión Nacional de UNESCO
para los países andinos

José Camino C.

Unión Nacional de Periodistas

Freddy Moreno M.

Asociación Ecuatoriana de Radiodifusión

Yolanda León T.

FENAPE

Edgar Jaramillo S.

Director General del CIESPAL

Teléfonos: (593-2) 250-6148 252-4177

Fax (593-2) 250-2487

web: <http://www.ciespal.net>weblog: <http://chasquirevista.wordpress.com/>

Apartado Postal 17-01-584

Quito - Ecuador

Registro M.I.T. S.RL027

ISSN 13901079

Personaje	Pág.	Covuntura	Pág.
Biografía: El más leído luego de Gabo	4	Blogs: Encuentros y desencuentros	52
Germán Castro Caycedo: Más cerca de la realidad	6	Uso y consumo de las TIC: Las relaciones de poder en el aula	58
Hágase tu voluntad: Una muestra de virtuosismo periodístico	8	Aula	
El hueco: Migrantes en la cinta de Moebius	14	Lenguaje: Localismos y estandarización en el español...	64
El Palacio sin máscara: La lectura de quien no estuvo allí	20	Manejo de información: Cuando de rumores se trata	68
En busca del cronista mayor: Charla con Germán Castro Caycedo	26	La entrevista en TV: En vivo o grabada, conversar es lo importante	72
Portada		Sindicación de contenidos: El cambio de la reportería <i>on line</i>	76
Opinión: No creo en los géneros	30	Comunicación organizacional: Los <i>stakeholders</i> legitiman a la organización	80
Experiencia: Lo que me dejó el periodismo	32	Encuestas políticas: Paradojas y aproximaciones	84
Periodismo y literatura: Dos aguas de un río vigoroso	36	Publicaciones	88
Notas de un encuentro de cronistas: Las crónicas amenazan con reconquistar lectores	38	Actividades del CIESPAL	92
El trabajo editorial: Anatomía de un texto	44	Agenda	96
Revistas y blogs: Los espacios para la narrativa periodística	48	Próximo número	99



Germán
Castro Caycedo

El Palacio sin máscara:

La lectura de quien no estuvo allí

Héctor Abad Faciolince

Colombiano, escritor y periodista.

Texto cedido por Germán Castro Caycedo, leído en la presentación del libro en Bogotá.

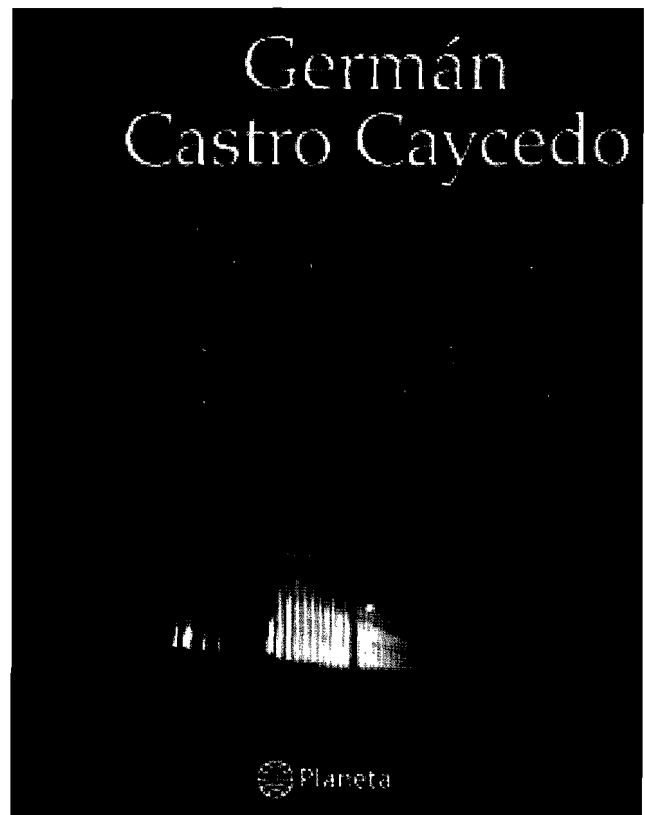
He leído este libro devastador con la inocencia de un ignorante y casi con la ingenuidad de un extranjero. Llegué a él sin saber casi nada sobre el Holocausto del Palacio de Justicia, primero porque en ese momento, en noviembre de 1985, yo estudiaba en Turín y solamente me interesaba

Un buen lector analiza adecuadamente la realidad y eso es lo que ha hecho Germán Castro en este libro, pues recurre a la lectura de informes, declaraciones, documentos, etc., para revivir los hechos...

la literatura, y segundo, porque no conocía a ninguno de los implicados en esa tragedia, ni entre los guerrilleros del M-19, ni entre los militares, ni entre los magistrados, ni entre todos los demás rehenes. El egoísmo humano nos lleva muchas veces a juzgar de manera sesgada cuando alguno de los implicados está cerca de nuestra vesícula biliar (por animadversión) o de nuestro corazón (por afecto). A juzgar mediante prejuicios, o a no interesarnos mucho, por esa indiferencia frente al dolor humano que tantas veces sufrimos en la vida. Esos hechos dramáticos, entonces, siempre me parecieron un capítulo más en la oscura tragedia de este país, pero nunca me ocupé de ellos ni como persona, ni como periodista, ni como escritor.

Germán Castro Caycedo ha hecho un libro muy particular, *sui géneris*, pues él prácticamente se ha borrado como autor. Aquí no oímos la voz del gran periodista y reportero que es, pues en *El Palacio sin máscara*, ha cedido la palabra a otras voces. Su trabajo ha sido el de un lector cuidadoso, y el resultado son trozos intercalados de esa lectura exhaustiva de innumerables declaraciones, documentos, grabaciones, papeles de juzgados, acusaciones de fiscales, testimonios de oficiales y de soldados, de familiares, conclusiones de jueces, procuradores, comisiones y tribunales de la verdad. Este es un libro hecho todo de citas y de palabras puestas entre comillas. No vayan a pensar, por esto, que se van a aburrir como quien lee un expediente. Lo que ha hecho Castro Caycedo es podar la información de todo el ruido, de toda la basurita que siempre se deposita en un expediente y -depuradas las palabras del lenguaje legal-, entregar un acopio de citas que pueden leerse con el interés de una novela. Para esto, se ha valido, además, del arte del montaje cinematográfico, y el rostro nítido de la historia va emergiendo de a poco, como ocurre con los trazos simples que se van añadiendo a un dibujo, hasta que va apareciendo una figura compleja. El periodista, basado en estas citas textuales, deja ver la verdad.

Y la verdad que emerge, al menos para este lector ingenuo que soy, es una verdad terrible: ante una acción demencial, irresponsable y sangrienta de un grupo guerrillero (el que desencadena la tragedia), el Estado no reacciona como uno se esperaría si viviera en un régimen democrático que ama defender los derechos más elementales, empezando por el derecho a la vida. Las fuerzas militares, de hecho, se toman por un par de días el poder, y actúan con una impiedad y una violencia, con una saña y una falta de compasión, con tan desmedido uso de la fuerza, que dejan la sensación de que lo que hubo allí fue una operación de exterminio, de aniquilamiento, con muy pocas intenciones de querer proteger a los rehenes que estaban en manos de los guerrilleros.





El libro de Germán narra esos dos días terribles mediante transcripciones que corresponden a la cronología de los hechos. Copia, por ejemplo, las conversaciones grabadas entre los militares que estaban al mando, tomadas de transmisiones radiales. Copia los testimonios de los testigos. Copia las conclusiones de jueces y fiscales. Rescata los análisis de algunos comentaristas ilustres y muy bien informados. Y de cada paso en el operativo militar, la conclusión que sacamos es que en estos tristes hechos se confundió el rescate con el aniquilamiento, y no sólo de los secuestradores (con quienes los militares estaban justamente resentidos, y con muchas ansias de revancha), sino también de los civiles, pues el exterminio acabó siendo, no sólo de los integrantes del comando, sino también de los rehenes. Con tal de resolver y ganar rápidamente la batalla, o la retoma, como se la llamó, se arrasa con decenas de seres vivos, casi cien, incluyendo entre ellos, en su gran mayoría, a personas completamente inocentes.

No solo inocentes: también virtuosas y valiosas. Cuántos años de estudios y desvelos, cuántos años de trabajo serio e independiente se

requieren para formar un magistrado de la Corte Suprema. En el holocausto se truncó la vida de algunos de los juristas más ilustres del país, y de sus ayudantes, que estaban destinados a reemplazarlos algún día. Defender la democracia, maestros, no puede ser arrasado, cañoneado, incendiado y destrozado uno de sus tres pilares, calcinado uno de sus templos, con la única excusa de que dentro de él se han parapetado, como un virus maligno, unos guerrilleros enfermos de

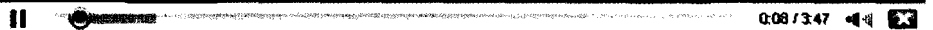
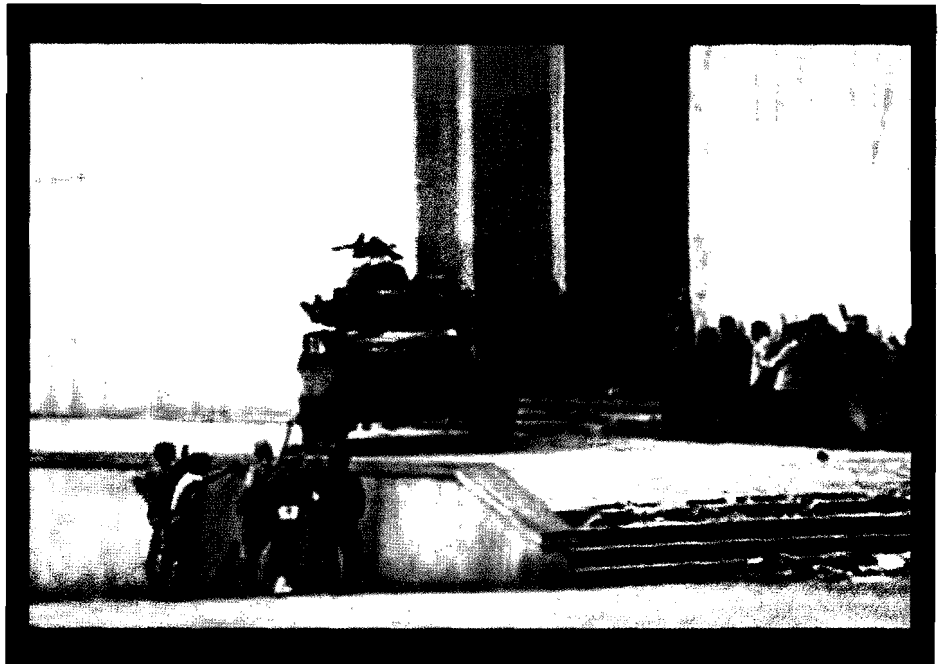
Castro revive el holocausto con la finalidad de que esa página de la historia colombiana no se olvide. Allí pereció y desapareció mucha gente valiosa, todos.

delirios mesiánicos. Para cargar con ellos, se cargó también con los primeros jueces del país. Esto es como si al principio de una pestilencia, los médicos, en lugar de intentar salvar a los pacientes, ordenaran matar a todos los enfermos para que no puedan contagiar a nadie. Como si el repelente para matar mosquitos envenenara también a las personas a las que se les busca evitar la picadura.

Por supuesto que también salieron muchas personas vivas del Palacio de Justicia; 96 murieron, incluyendo más de veinte guerrilleros, y entre doscientas y trescientas se salvaron. Pero lo más grave es que entre algunas de las personas que salieron con vida -supuestamente salvadas- también hubo torturados, vejados, rematados con tiros de gracia y desaparecidos. Fuera de la retoma sangrienta, sin ninguna misericordia por los rehenes que clamaban por un cese al fuego, ya fuera del Palacio también ocurrieron (según se desprende de lo que se puede leer en este libro) actos inhumanos, al principio en el *Museo del Florero*, y después en varias guarniciones militares.

Lo ocurrido con el poder civil, según lo pudo reconstruir Germán Castro a través de citas y testimonios, tampoco es menos alarmante. Las Fuerzas Militares no se tomaron solamente el Palacio de Justicia, sino que se tomaron también el Palacio de Nariño, dejando al Presidente muchas veces aislado de la situación, casi como un rehén más, sin acceso a las personas que querían hablar con él, sin que le obedecieran a cabalidad las pocas órdenes que alcanzó a impartir, dándole informaciones parciales que hablaban de la salvación de los rehenes cuando en realidad no se estaba haciendo nada o casi nada por protegerlos, con tal de resolver rápidamente la batalla. Siempre he sentido por el presidente Betancur simpatía y respeto. Sé que de él nunca saldría la orden de torturar, rematar o desaparecer. Pero cometió un pecado de omisión, o al menos de carácter: dejó en las manos de los militares la resolución de un

problema que pudo haber tenido un desenlace muy distinto por la vía del diálogo civil. Y si no del diálogo, por la vía del cansancio. No había semejante afán para entrar con tanques, disparar, cañonear. No hablo de la claudicación del Derecho ni del sometimiento de las instituciones, pero sí del diálogo inteligente con los terroristas, dejando tiempo al cansancio natural, que podría haber llevado a un desenlace menos trágico en términos de vidas humanas. Este libro deja la impresión que esto era lo que menos querían los militares, temerosos de que el M-19 pudiera sacar así fuera una salida no digamos digna, sino incluso indigna del Palacio. No los querían rendidos, los querían muertos. Y en parte, todo hay que decirlo, tampoco los guerrilleros se querían rendir: preferían hacerse matar.



Este libro nos debería servir de ejemplo, de memoria y testimonio de lo que puede pasar cuando se pasa por encima, sin ninguna compasión, de las razones humanitarias que deben llevar a un Estado a ser más flexible cuando está en riesgo la vida de ciudadanos inocentes, así sea a partir de la culpa de un grupo armado que usa las armas inadmisibles del secuestro y del terror. En el Palacio de Justicia se ensayó la fórmula por la que tantas veces han

optado los gobiernos colombianos: la fuerza desmedida, el uso a discreción, indiscriminado de las armas. "¡Somos magistrados y rehenes en trance de muerte, que cese el fuego!", gritaba Alfonso Reyes Echandía, el presidente de la Corte Suprema de Justicia, clamando angustioso por una solución. No fue escuchado, el fuego no cesó. Hoy en día en Colombia también hay rehenes en trance de muerte; hoy en día también la Corte Suprema de Justicia es vista con desconfianza y antipatía por la forma valerosa en que adelanta investigaciones sobre complicidades inadmisibles de congresistas del país. La lectura de *El Palacio sin máscaras*, un luto del pasado, nos lleva a pensar en muchos posibles lutos del presente, si la historia se repite, si se deja todo en manos de la solución militar.

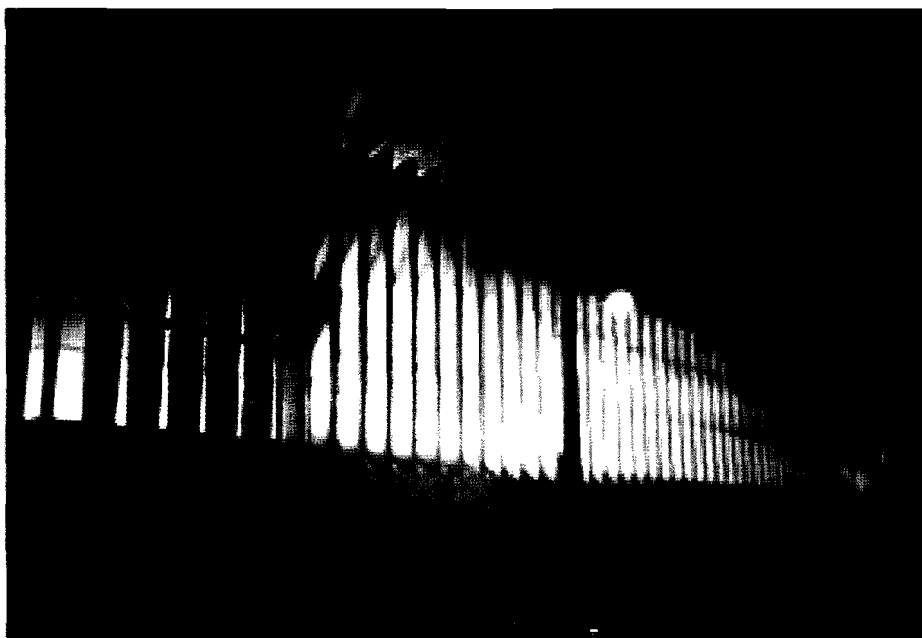
Germán Castro Caycedo ha hecho un gran trabajo de compilación y resumen. Con testimonios de gran valor, como los de Elvira Sánchez-Blake (que explica de qué modo los militares aislaron al Presidente de la República), o como el del ex procurador y fiscal Alfonso Gómez Méndez, que hace un repaso muy convincente e informado de todo lo ocurrido, se concluye que la democracia no se salvó, sino que se debilitó aún más, con los hechos ocurridos entre el 6 y el 7 de noviembre de 1985. Con la supuesta intención de salvar la democracia se violaron los más elementales principios democráticos y se le cedió todo el poder a la fuerza bruta, que es la negación de cualquier derecho. No se nos puede

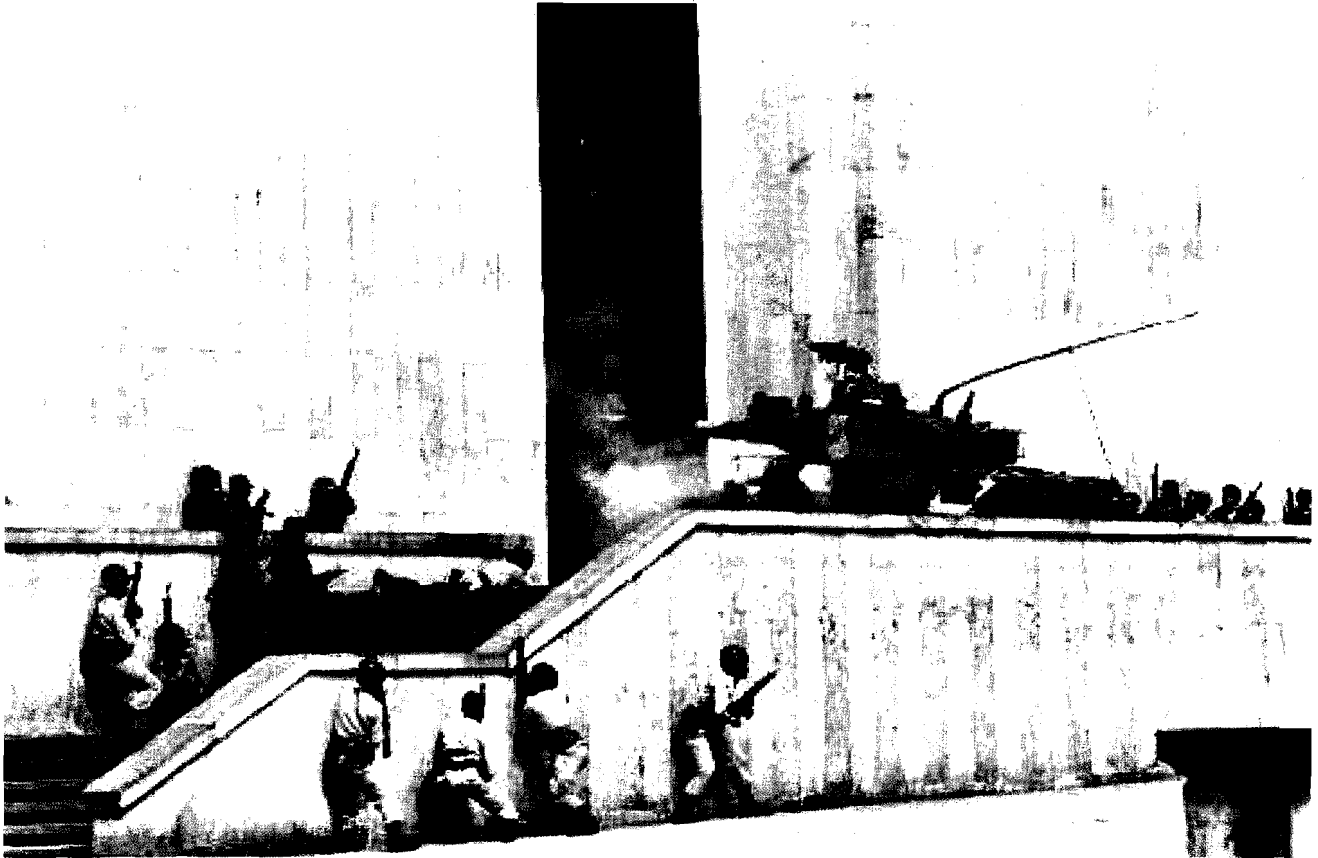
La voz de un narrador desaparece para dar paso a los testigos, a los informantes, a quienes declararon ver o hacer algo. Todos los testimonios son importantes.

olvidar que en una democracia íntegra, la protección de la vida de los ciudadanos incluye incluso la protección de la vida de los terroristas y guerrilleros. No digo que no se les pueda disparar, si están disparando, pero no se los puede matar cuando están rendidos e indefensos. Mucho menos torturar, rematar y desaparecer. Según los testimonios de este libro, esto ocurrió en Colombia, en aquellos dos días, y con el silencio cómplice de la inmensa mayoría de los ciudadanos, incluyéndome a mí, que en ese tiempo pensaba solamente en la literatura.

Una reconstrucción periodística, en todo caso, no es una sentencia de la justicia, aunque aquí se citen conclusiones de algunos jueces. En este libro se abren muchos interrogantes, otros se cierran, pero quedan también en el aire muchas incógnitas por resolver. La contraparte debe

hablar y desmentir, si tiene argumentos. Es lamentable que haya pasado tanto tiempo, más de veinte años, para que apenas en los últimos meses se haya llegado a algunas conclusiones y a sentencias que condenan a la nación. Los veinte mil muertos de Armero, el hecho de que el presidente Betancur, una figura respetada, se hubiera echado sobre los hombros una responsabilidad que no era suya completamente, puede explicar muchos silencios y omisiones. Si él hubiera admitido, como al parecer ocurrió, que durante dos días él dejó de ser el verdadero comandante de las Fuerzas





Armadas, se pudo haber hecho más por esclarecer lo ocurrido, y se debió haber seguido un camino distinto. Entre los veinte mil muertos de Armero, y los cientos de tragedias que siguieron en los años siguientes, el país fue olvidando el holocausto del Palacio de Justicia, y el terrible sacrificio de decenas de víctimas inocentes, entre ellas algunas de las mejores mentes de dos generaciones de abogados. Lo más trágico en este país de tragedias recurrentes, es que la catástrofe consecutiva sepulta en el olvido la tragedia anterior, y la entierra cada vez más hondo. Este libro, al menos por un momento, desentierra ese olvido y nos vuelve a mostrar la cara verdadera del círculo vicioso de nuestra violencia. Los alzados en armas cometen un crimen intolerable, pero ese crimen no se combate con las reglas de la democracia y la ley, sino con un uso indiscriminado de la fuerza que nos hace borrar las diferencias entre agresores y agredidos. Nunca seremos dignos de respeto si nos portamos igual que los delincuentes.

Hoy el país enfrenta problemas parecidos. Quienes piden una solución dialogada, no para ceder ante la guerrilla, sino para salvar las vidas

de los rehenes, son vistos como antipatriotas aliados de la subversión. Los magistrados tenidos como rehenes en los baños y en las oficinas del Palacio de Justicia, se asomaban a las ventanas y gritaban hacia donde estaba apostada la fuerza pública: "No disparen, somos magistrados, somos rehenes". La respuesta fue no permitir el ingreso del enviado de la Cruz Roja, autorizado por el Presidente, y al mismo tiempo, disparar los fusiles, los cañones y las bombas incendiarias.

En efecto, tras dos días de duros combates, en los que murieron con mucho valor algunos militares, el Palacio de Justicia fue retomado por la fuerza pública, entre un montón de cadáveres calcinados de guerrilleros y de secuestrados. Los militares estaban satisfechos. No creo que el país lo debería estar. Quizás el mejor resumen de todo esto está en una caricatura negra y genial, publicada en un diario de Bogotá, y citada en este libro negro y luminoso de Germán Castro Caycedo. Se ve un montón de escombros humeantes y al lado un militar. El militar comenta: "Aquí estoy, maestro, defendiendo las cenizas de la democracia." 🌿